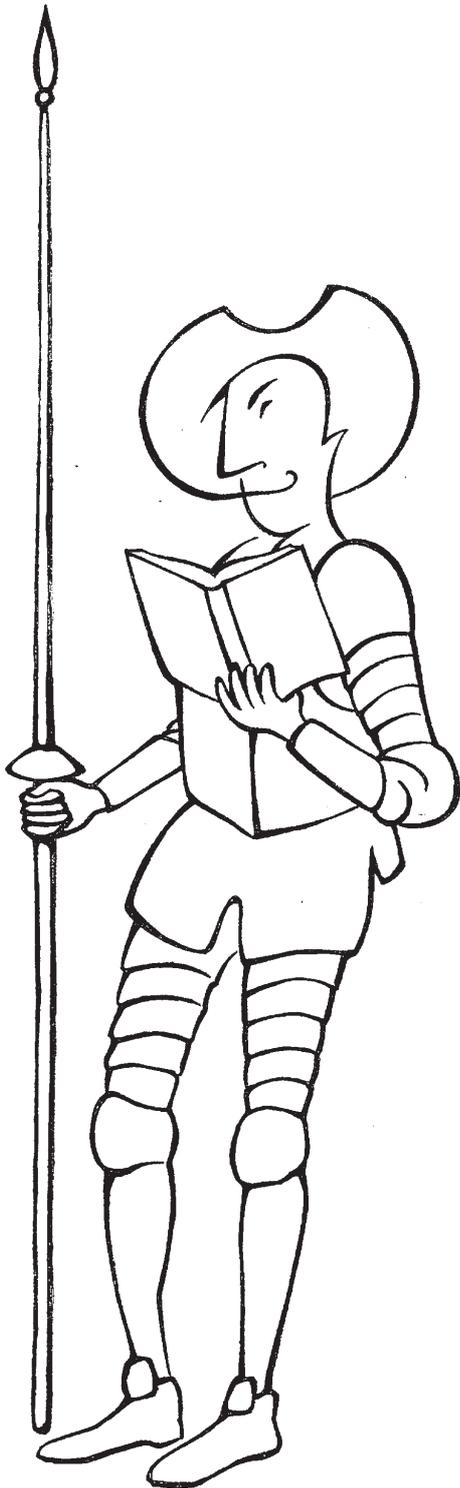




El teatro también se lee



El teatro también se lee. Es claro que ha nacido para ser representado y que esa es la ilusión de cualquier autor, y que nada es comparable a la experiencia de ver la puesta en escena de una gran comedia. Lo que quiero decir es que para el amante del teatro sobre todo cuando se vive en provincias y no anda muy sobrado de recursos, sustituir el espectáculo por la lectura se convierte en una necesidad, porque así puede conocer las grandes obras del teatro universal, incluso en su versión original, lo cual constituye una forma de preparación cultural nada deleznable.

Sí, el teatro también se lee y por no poca gente. Y en especial, yo diría que por los propios autores, sobre todo en su período de formación. Porque leer teatro también vale, además de para llenar dignamente las horas de ocio, para que el lector empedernido se pueda convertir en ocasiones (lo cual es fantástico) en un ilusionado autor. Es más, yo diría que la experiencia teatral puede servir, y mucho, al mismo novelista. ¿No es ese el caso del propio Cervantes, cuando crea *El Quijote*? Así, lo que había comenzado como un monótono monólogo del hidalgo manchego, en su primera salida en busca de aventuras, se transforma prodigiosamente, cuando irrumpe en escena Sancho Panza, en los jugosos diálogos entre el hidalgo y su rural escudero. Y es como si, de pronto, la inmortal novela se convirtiera en una interminable pieza dramática, que no en vano Cervantes había creado antes su *Numancia*.

De modo que, por muy buenas razones, el teatro también se puede leer. ■

Manuel Fernández Álvarez
Académico de la Real Academia de la Historia